

RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS

No se devuelven los originales
que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES
LAMINAS DE LA GUERRA
CARICATURAS

Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 24 DE MAYO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

LAS FELICITACIONES AL GOBIERNO.

Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas; yo, como no soy diablo, no mato moscas cuando no tengo que hacer, pero me divierto en tomar apuntes para escribir la historia cómico-trágico-política de la España contemporánea, que en verdad digo á Vds. que ha de ser cosa de gusto leerla, si es que llego á escribirla, que lo dudo.

Pues bien: esta semana me he entretenido honestamente en repasar los números de la *Gaceta* publicados desde Octubre de 1868 hasta hoy día de la fecha, y no he podido ménos de regocijarme, en medio de las desdichas que á todos nos rodean, de la nutrida seccion de felicitaciones con que los gobiernos han ilustrado y amenizado el periódico oficial, que sin eso tendria seguramente poco de divertido.

Recomiendo á los desocupados ese nuevo Manual, digámoslo así, de escribir y notar cartas y memoriales á toda clase de Gobiernos, porque, ó yo soy más malicioso de lo que puede suponerse en mi inocencia é ignorancia de la cosa pública, ó esas felicitaciones vienen á ser una manera de exhibirse y recomendarse á los que, como depositarios del poder, pueden ser dispensadores de mercedes. Esta Exposicion permanente, de la industria iba á decir, del entusiasmo de Juntas, Comités, Ayuntamientos, Diputaciones, funcionarios públicos y caballeros particulares me ha hecho pensar si realmente estará España en tristísima situacion, ó si estará en la mayor prosperidad que pudiera imaginarse; porque al ver que todos los días, en el espacio de cerca de seis años, de infinidad de ciudades, villas y aldeas se han enviado á Madrid manifestaciones de regocijo y satisfaccion, hay motivo más que fundado para sospechar si serán pura figuracion de unos cuantos descontentadizos las desgracias de la patria, y seremos todos, muchos sin saberlo, felicísimos, y tendremos nuestros negocios en una prosperidad tan grande que no la podíamos soñar.

Pero veamos la *Gaceta*. En los días que siguieron á la batalla de Alcolea, aquello era la mar de felicitaciones y protestas de adhesion á la Junta central, y á los generales de la revolucion y luego al Gobierno provisional. Aquellas entusiastas felicitaciones deberian imprimirse en un tomo con viñetas, y se vendería mucho. Abrióronse Córtes, y enseguida empezaron á venir las felicitaciones que demostraban el contento y la alegría de que estaban poseidos los firmantes; pero esta alegría subió de punto cuando el general Serrano fué investido de las facultades de Regente del Reino, que entonces no habia República, como que vivia Prim, á quien no agradaba mayormente la virgen del gorro. Parecia que ya no podia haber felicitaciones más expresivas y entusiastas, pero bien se vió que al entusiasmo no se le pueden señalar limites con ocasion de la felicísima eleccion del Sr. D. Amadeo (q. D. g.) para rey de España. Entonces, las felicitaciones tomaron una forma épica, digámoslo así, y leyéndolas siento un gran consuelo, porque comprendo que entre mis contemporáneos los ha habido que han sido verdaderamente dichosos, tan dichosos que no han podido ménos de enviar á las Córtes la expresion de su dicha en esas felicitaciones que venian á decir: «Gracias, gracias, Córtes soberanas; nos han hecho Vds. los hombres más felices de la tierra.»

Mas no paró aquí; todavía tenían esos privilegiados séres que demostrar otra vez su júbilo, y aprovechaban la circunstancia de ser elevado á Presidente del Consejo el Sr. Ruiz Zorrilla, la de ser éste sustituido por el Sr. Sagasta, la de entrar el Sr. Topete, ó de volver el Sr. Ruiz Zorrilla para volver á decir: «¡Oh! ¡qué contentos estamos!... felicitamos á V. E. y á los compañeros de V. E., y al país, y á todo el mundo.»

Aún no habia llegado lo más sublime. D. Amadeo dijo que se iba y se fué, y en las Córtes se proclamó la República. Enseguida fueron los felicitantes al telégrafo, y allá van piropos y floreos á las Córtes y al Presidente de las Córtes, y al Presidente del poder ejecutivo, y al poder ejecutivo de la República; y los que querian echar el resto no se contentaban con en-

viar una felicitacion por el telégrafo sino que al mismo tiempo largaban otra más extensa por el correo en pliego certificado.

Se acaba la conciliacion entre los republicanos sin mezcla de algodón, y los que habian sido ministros de D. Amadeo y luego lo eran de la República, y enseguida vinieron las felicitaciones por tan fausto suceso. Cerráronse aquellas Córtes y se convocaron otras. Felicitaciones por mayor. Cayó Figueras y entró Pi, y le enviaron á Pi más requiebros que si hubiera sido una niña bonita. Llegó el 22 de Abril, fueron desarmados en la Plaza de Toros los milicianos radicales, y este suceso produjo tambien las correspondientes felicitaciones. Fué reemplazado Pi por Salmeron, el gran filósofo, y vino una nube de felicitaciones filosóficas por el telégrafo; y cuando Salmeron cayó y entró Castelar, no tenían los telegrafistas manos bastantes para transmitir los telegramas de plácemes, saludos, ofrecimientos, protestas de amor y adhesiones sin reserva.

El 3 de Enero, el general Pavía dió fin al juego de la federal, y se nombra el Ministerio de conciliacion presidido por el general Serrano, y la federal se convirtió en unitaria. De cada piedra salió incontinenti un unitario con su felicitacion bien puesta, dirigida al nuevo Gobierno. García Ruiz tuvo momentos de inefable delicia viendo que habia más unitarios que él y su hermano, únicos ejemplares que antes del 3 de Enero se conocian en el mundo.

Ahora acaba de terminar el Ministerio de conciliacion formándose otro homogéneo, que así le llaman los aficionados, y ya están Vds. viendo todos los días en la *Gaceta* las numerosas felicitaciones que de todas las ciudades, villas y aldeas vienen al nuevo poder.

Si no me hubiera fatigado la lectura de tantas felicitaciones y adhesiones, me dedicaria á buscar nombres de sujetos que se han adherido al Gobierno provisional, á todos los gobiernos subsiguientes, á la monarquía de D. Amadeo, á la república de Figueras, á la de Pi, á la de Salmeron, á la de Castelar, á la de García Ruiz y á la del general Zavala. Y tampoco seria muy difícil encontrar alguno de los mismos

La súbita aparicion de su asistente le hizo volver la cabeza mal humorado.

—¿Qué es eso?
—Mi capitán, ahí está un caballero que quiere ver á V. inmediatamente.

—¿Su nombre?
—No me lo ha querido decir.
—Díle que pase.

Y se dispuso á recibir la visita. Cuando se presentó el general, Alberto no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—Evitemos cumplidos—dijo el general—V. y yo nos conocemos bastante para necesitar preámbulos.

—Sea, pues,—contestó Sandoval—pero no me negará V. que estaremos más cómodos hablando sentados.

—Me es indiferente: hablemos sentados. Y el general aceptó la butaca que le ofrecia Alberto.

Hubo una breve pausa entre aquellos dos personajes, de carácter tan distinto y sentimientos tan encontrados.

—Lo sé todo—dijo por fin el general.—Mi hijo acaba de revelarme el horrible secreto que le encadena á V.

—¿A mí?
—A V.: no creo que tenga V. la loca presuncion de creer que la sagacidad es patrimonio exclusivo de la truhanería.

—¿Mi general!
—Se puede ser un hombre honrado y al mismo tiempo sagaz. Se puede abrigar un corazón noble y presentir las intenciones de un villano astuto que quiera satisfacer sus deseos vendiendo la amistad. Se pueden concebir las ideas más levantadas y sospechar del hombre que á costa de la agena quiere labrar su propia dicha aspirando á la mano de una mujer que no le pertenece... En una palabra: se puede ser el general Fajardo y conocer al capitán Sandoval.

—¿Señor mío!
—¿Señor mío!—replicó el general agitando fuertemente el brazo del joven.—¿A qué precio quiere usted vender el secreto de mi hijo? ¿A qué precio quiere usted vender su honra?

Sandoval estaba lívido de dolor y de coraje. Aquella mano de hierro que atarazaba la suya le tenia clavado en su sillón. Aquella voz vibrante y poderosa que helaba su espíritu le tenia confuso y avergonzado.

Sandoval estaba lívido de dolor y de coraje. Aquella mano de hierro que atarazaba la suya le tenia clavado en su sillón. Aquella voz vibrante y poderosa que helaba su espíritu le tenia confuso y avergonzado.

Sandoval estaba lívido de dolor y de coraje. Aquella mano de hierro que atarazaba la suya le tenia clavado en su sillón. Aquella voz vibrante y poderosa que helaba su espíritu le tenia confuso y avergonzado.

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarría, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPITULO SÉTIMO.

Por F. Perez Echevarria.

TRANCES SUPREMOS.

Y salió de la alcoba avergonzado de la idea que habia concebido en un momento de desesperacion.

Después se dirigió á una ventana. Necesitaba respirar el aire libre.

La noche estaba serena y apacible. Aquella brisa errante, aquella luna plateada y aquel cielo sereno habian sido otras veces testigos de su ventura...

En frente de aquella ventana moraba el sér de su sér, la encarnacion viva de sus más nobles aspiraciones.

¡Ay!... que aquella brisa y aquel cielo y aquellos sitios animados no volverian á ser testigos, no ya de su dicha, ni aun de su infortunio.

Dejemos á Genaro devorando con la mirada el espeso cortinaje que cubria las ventanas de la casa de Consuelo y sigamos al general que acababa de subir á un coche de plaza para dirigirse á casa de Alberto de Sandoval.

Cuando el general penetró en las habitaciones del joven capitán, acababa éste de tenderse en una marquesina, para coordinar, con más comodidad, las escenas que habia provocado en casa de la señora de Fajardo.

El general tenia toda la fibra de la edad viril.

—Veo que nos vamos entendiendo—dijo el noble veterano soltando el brazo de Alberto.—Ama V. mucho la vida para esponerla tontamente por una infamia. Por esta parte estoy tranquilo. Su labio de V. no revelará á nadie el desafío de mi hijo con Valentín. Ahora falta que renuncie V. para siempre al amor de Consuelo.

—¿Renunciar?... ¡Imposible!
—Esa palabra no debia existir en el Diccionario. ¡Imposible! ¿Por qué?—dijo el general con voz firme y serena.

Sandoval no era cobarde y sin embargo estaba completamente anonadado.

—Porque—balbuceó el joven.
—Sí, por qué—gritó el general cada vez con más firmeza.

Una idea diabólica cruzó por la mente de Sandoval.

—Por ella,—contestó.
—¿Por ella?—dijo el general, poniéndose en pié como movido por un resorte.—¿Por Consuelo!

—Si V. vela por la honra de su hijo, yo velo por la honra de Consuelo. Respete V. mi silencio y no trate de penetrar un nuevo misterio que el tiempo se encargará de descubrir á V. Consuelo no puede ser de nadie más que mia.

Y diciendo estas palabras se adelantó al general y le estrechó la mano de una manera significativa.

—Dentro de poco procure V. estar en su casa.
—¿Irá V?...

—No... pero nos podremos ver.
—¿Dónde?
—En otra parte.

Y sonriéndose con dulzura alargó el sombrero al general, el cual, aturdido y preocupado salió de la estancia maquinalmente.

Después que hubo salido, Sandoval se cruzó de brazos.

—¡Oh!—dijo.—El infierno me arrastra más allá de donde yo queria ir... Pues bien. Sigamos la corriente. Y soltando una carcajada sardónica, tiró del cordón de la campanilla.

(Se continuará.)

hombres entre los que en alguna época felicitaron á la reina doña Isabel y al general Narvaez.

Estas felicitaciones y los reclamos que aparecen en *La Correspondencia* apenas hay un cambio político en el país, hacen mis delicias. Si Vds. no se han fijado en este síntoma, y han leído con indiferencia felicitaciones y reclamos, fíjense y lean con atención unas y otros, que la materia se presta á todo linaje de comentarios y ofrece campo donde estudiar los tiempos presentes.

Por lo demás, sepan Vds. que para cuando yo sea ministro ya tengo preparada mi presentación en la *Gaceta*. Será una orden que venga á decir en buenas palabras lo siguiente:

«Se prohíben las felicitaciones. No obtendrán ningún cargo público las personas de quienes se diga en los periódicos que *parece, ó se dice, ó se cree, ó es probable* que, en atención á esto y á lo otro y á lo de más allá, obtendrán los puestos á que están llamados (sin estarlo) por su consecuencia etc., etc., etc.»

Y pásenlo Vds. bien.

EXPOSICION

DE LAS PROVINCIAS DEL ESTE DE ESPAÑA.

I.

—¡Hola, Juanillo! mal humorado vienes.
—Calle Vd., tío Andrés: esto no puede sufrirse.
—¿Hablas del calor?
—Hablo de la desigualdad social; de las infamias de la *burguesía*...
—Cuéntame, hombre, cuéntame. ¿Estamos amenazados nuevamente por el petróleo?
—La salvación, por desgracia, no está próxima.
—¿Qué motiva entonces tu agitación?
—Vengo de la Castellana: allí he visto que la gente entra en el local de las Exposiciones...
—Es verdad: eso me recuerda que tengo que ir.
—Tío Andrés, Vd. que es hijo del trabajo, no puede contribuir á que se enriquezca el fabricante con la sangre del obrero.
—Juanillo, si el fabricante y el obrero han contratado libremente, el primero hace muy bien en utilizarse del producto del trabajo del segundo. Por otra parte, si en la Exposición regional se consigue que se levante la industria nacional, no serán los proletarios quienes ménos utilicen el desarrollo industrial.
—Tío Andrés, desde que montó Vd. su gran taller de ebanistería, tiene Vd. sangre de burgués.
—Y desde que tú te declaraste en huelga, estás cada vez más perdido.
—Calle Vd., que á todos les llegará.
—¿Pues no ha de llegar á todos? Ante Dios no hay jerarquías.
—Dios, Dios... ¡luego Vd. sigue creyendo que hay Dios?
—Sí, hombre, tengo esa felicidad.
—Y creará Vd. que nuestra religión es buena...
—Como de origen divino.
—¿Qué desgracia que haya muerto D. Fernando de Castro!
—Sí, creo que era un buen escritor...
—Era un hombre que había inventado una religión mucho más perfecta que la de Jesucristo: en su testamento se dice.
—Entonces sería tan loco como tú y más perjudicial, por tener más talento.
—¿Que si lo tenía! como que mandó que se le hiciera un entierro civil.
—¡Ah! entonces... Pero te agradecería que dejases semejante conversación para tus compañeros de club y de taberna: en mi casa, templo del trabajo, está más en su lugar que sigamos hablando de la Exposición. ¿Cuándo se abrió, dices?
—El día 10... Es decir, el día 10 no se iba á inaugurar; pero habiéndose reunido allí algunos periodistas para probar los vinos expuestos, un Sr. Santos,—hasta el apellido este me carga—propuso que desde luego quedaría abierta la Exposición *en honor de la prensa*.
—No me parece eso mal.
—¿Qué ha de parecerle á Vd. mal? Usted es ya de la madera de los tiranos.
—Juanillo, cualquiera creería que has probado los vinos de la Exposición.
—Pues creería mal: á nosotros, que habíamos hecho algunos preparativos para el palacio, nadie pensó en convidarnos.
—¿Ni os han pagado?
—Hombre, eso sí; pero más derecho teníamos á beber los que habíamos trabajado que los periodistas holgazanes... ¡Pocos callos tendrán en las manos los tales periodistas!
—Pero en cambio los tienen en el cerebro, y su

trabajo continuo gasta más su naturaleza en un mes que todos los martillazos que puedas dar tú en un año. Esto debe ser, en vez de un motivo de envidias, un lazo de fraternidad entre el escritor y el industrial, entre el obrero de la prensa y el de la fábrica.

—Sí, algo de esto dijo un Sr. Fabra, que hablaba mucho el día de la inauguración, y que por lo visto es también *burgués*. Además hablaron uno que creo que escribe en *La Iberia* y un tal Bosch, y otro al que llamaban Díaz Perez. ¡Mala bomba asfixiante para todos!

—¿Tales picardías propalaban?

—Lo malo era su intención: mucho honrar al trabajo y luego explotan al trabajador; mucho del progreso de la industria, cuando lo que conviene aquí es la muerte de la industria. Sea Vd. franco; si se inventara una máquina para construir en minutos lo que usted tarda meses en hacer, ¿no se desesperaría Vd.?

—Hombre, lo que haría probablemente sería aprender á manejarla, buscar al comprador y tener veinte establecimientos si fuera preciso.

—¿Y si no podía Vd. hacer eso?

—Me dedicaría á otro oficio y celebraría en el alma que la producción aumentara, porque así disminuiría el coste de lo producido y mejoraría el estado social de las clases media y pobre.

—Le he cogido á Vd., tío Andrés. ¡Usted es socialista!

—Yo lo creo.... pero sin petróleo.

—Luego no tiene Vd. derecho á murmurar de los socialistas....

—Yo solo murmuro de los holgazanes.

—¿Lo dice Vd. por mí?

—Todo pudiera ser.

—Es que yo no trabajo porque no me llaman.

—¿No te declaraste en huelga permanente? Pues tu ideal se ha cumplido.

—¡Ya! Pero mi mujer no tiene que comer.

—Conténtala con un sermón petrolero...

—Y mis hijos...

—¿No los educas para demagogos? Que se alimenten con parte de tu odio á los burgueses. En fin, ya que estais sin trabajo y conoces la Exposición, voy á intentar convertirte haciendo que me acompañes á visitarla.

—¿Hoy?

—No, tengo que concluir unos muebles. Vente por aquí un día de estos; iremos juntos al palacio de la Fuente Castellana, almorzaremos allí,—pagando yo— y á la vista de los objetos presentados emprenderé tu conversión.

—Vaya, pues, ¡salud!

—¿Anda con Dios! ¡Ah! si pasas por la Carrera de San Gerónimo, repara las admirables fotografías que hay en uno de sus comercios, y que representan las ruinas de Cartagena; asunto eminentemente federal y tierno, que te dará una prueba palpable de los beneficios que reportan los pueblos con ciertas predicaciones disolventes.

—Más que á Cartagena en estampa, preferiría ver á Madrid al natural convertido en un montón de ruinas. Ea, pues, hasta mañana ó pasado.

—Dios te ilumine y te devuelva la razón.

.....
El anterior diálogo fué sorprendido por mí el lunes pasado, al pasar junto á un acreditado taller de ebanista.

Procuraré seguir los pasos del tío Andrés, viejo de escasa pero sólida instrucción y excelentes deseos, y de Juanillo, socialista, internacionalista y huelguista.... con todas sus consecuencias.

ENTRE SÁBANAS.

COLECCION DE SERMONES NOCTURNOS DIRIGIDOS POR DOÑA MANUELA AL SEÑOR PEREZ, SU ESPOSO.

SÉTIMO SERMON.

Perez ha acompañado á su señora á hacer una visita de absoluta precision.—Horrible conducta de Perez.

—Nada, no tengo nada, ni ganas de hablar. ¿Te extraña que no tenga esta noche gana de hablar?... Pues hijo, no debía extrañarte, y una cosa te digo: que si me propongo no volver á hablar, no vas á oír más mi metal de voz en todos los días de mi vida; ya debiera haberlo hecho así, porque contigo es inútil hablar; y cuando una ve que su marido la tiene en tan poco, una debe tener dignidad y despreciar á su marido y no volver á dirigirle la palabra. ¿Que por qué estoy tan ofendida?... Hombre, ya te he dicho que no quiero hablar; lo que si te digo es que si me hubiera valido hoy habría sido el día en que yo me separase de tí; y á no ser por mis hijos, pobrecitos de mi corazón, que no tienen culpa de que su padre sea

tan descastado, lo que es mañana me iba yo aunque fuese á una guardilla á comer unas sopas... ¡Jesús! nunca hubiéramos ido á hacer la visita á Doña Micaela, nuestra madrina de boda, que ya era una vergüenza que no fuéramos, despues de haber pasado ella las viruelas, y estando siempre tan extremosa con nosotros, y sobre todo con los chicos. ¿Preguntas qué has hecho?... Nada, hombre, nada; estar allí con una cara de condenado que daba miedo verte. ¿Qué habrá quedado diciendo Doña Micaela? ¡Digo! ella que es tan lista que corta un pelo en el aire y no se le escapa nada. Yo estaba volada, porque ella no hacia más que mirarte y luego me miraba á mí, y yo hubiera querido que me tragase la tierra, ó que nos tragase á los dos, ó mejor que tragase á tí solo, que al fin tú eres el que me da las desazones, y me estás quitando la vida con ese carácter que tienes. Cuando Doña Micaela dijo que tenía muy buena mano para matrimonios y que todos los de que ella ha sido madrina han sido felices, pusiste una cara que yo no te quería mirar, y no digo nada cuando la buena señora empezó á ponderar mis buenas cualidades, y te dijo que debías estar muy satisfecho de haber tenido tan buena elección, y que bien se te conocía en lo gordo y sano lo bien que te cuidaba tu mujer... Tú, como un poste, sin contestar, sin decir lo que estaba en el orden que hubieras dicho, si fueras un marido medio regular. Movias la cabeza, así á lo cazurro, y te sonreías de una manera que nadie podría adivinar si querías decir que Doña Micaela tenía razón ó si ponías en duda mis buenas cualidades.

Como no me mirabas, no veías que yo quería devorarte con los ojos. ¡Jesús! ¡Jesús! á la más pintada le doy el rato que yo he pasado en casa de Doña Micaela. ¡Buenas cosas pensará de nosotros! Puede que crea que yo soy la mala y tú un santo, porque los malos maridos como tú tienen esa suerte, que la gente cree siempre que la culpa la tienen las mujeres. Yo tengo que volver á casa de Doña Micaela, pero sola, para decirle la verdad y que no crea lo que no es. ¡No faltaba más! yo soy mujer de vergüenza y quiero quedar bien con las personas. Si tú eres Juan Portal, que lo mismo te da quedar bien que mal, buen provecho te haga. Yo iré á ver á Doña Micaela, que es nuestra madrina de boda, y no quiero perder su amistad, y le sacaré la conversación de la visita de hoy y sobre lo que ella ha pensado, y no le diré más que la verdad. ¿Dices que no te importa?... No necesitas decirme, hijo; ya sé como tú las gastas. Pues mira, te debía importar; porque tú también debías querer estar bien con una persona que, sea lo que quiera, no le puedes quitar que haya sido tu madrina de boda, y no podemos tener queja de ella, que la botonadura de corales que tienes ella fué quien te la dió, y mi abanico de sándalo, que huele tan bien, ella me lo compró, y por ella tengo yo pañuelo de capucha, que me lo trajo de Bayona, cuando fué hace tres años en el tren de recreo, y tenía tanto empeño en que yo hubiera ido con ella, y, es claro, tú empezaste á poner inconvenientes, y perdí la coyuntura de tomar los baños de mar, que si los hubiese tomado se me habrían quitado estos dolores que me dan en los tobillos cuando va á cambiar el tiempo. Pero este año, si Dios me da vida y salud, como tú no me llevaras al Molar, como dice el médico, iré á San Sebastián con mi madrina, que ya me tiene dicho que cuando quiera, y por eso quiero cumplir con ella como es debido; y porque tú seas un huron, no he de perder esa amistad, como he perdido otras muchas de personas de viso y suposición, que mi familia siempre ha estado relacionada con lo principal; pero desde que me casé me he metido en un rincón, y ya ni conozco á nadie ni nadie me conoce, que muchas veces encuentro personas que eran relaciones de mi casa, y pasan por junto á mí y no me saludan, porque, como estoy tan desmejorada y tan abatida, creen que soy otra. ¡Valgame Dios! me digo yo cuando me sucede eso, ¿quién me había de decir que había de perder aquellos colores que daban envidia, y que había de tener estas ojeras que no se me quitan, y que había de estar tan desmerecida que ni yo misma me conozco?... Tal vida llevo desde que me casé, que solo mi naturaleza la ha podido resistir, aunque ya voy viendo que no puedo más, y el día que yo caiga en la cama será para no levantarme más.

¿Te caasas de oírme?... Ya, ya lo conozco sin que lo digas; pero tú has querido que hable, porque yo bien callada estaba, y ya te he dicho que me voy á proponer no volver á dirigirte la palabra. No tendrás que oírme mucho, yo te lo aseguro, que una, por buena que una sea, sufre hasta llegar á cierto punto, pero en llegando á ese punto ya no pasa una de allí si tiene, como yo tengo, vergüenza y su poquito de amor propio.

Pues otra cosa tengo que decirte; no te la quería decir, pero ya que me has preguntado qué tenía esta noche, te lo diré por si no nos hablamos ya mientras vivamos juntos. Cuando volvíamos de casa de mi ma-

drina... tú creerás que no reparé en ello, porque, eso sí, á tí te parece que soy tonta, y si lo soy, pero no tanto como tú crees. ¿Quién era aquel pendón á quien saludaste con tanta finura?... ¡Jesús! en los años que hace que te conozco no te he visto nunca tan fino.— ¿Que era una jóven muy decente?... Mucho, facha de eso tenía, con aquel vestido de seda arrastrando, y aquel sombrero como una cobertera, y aquellas cintas encarnadas. ¿Y de dónde conoces tú á aquella señora?... ¡Señora! ¡vaya una señora!... ¿Dices que viene á comprar muchas veces á la confitería?... Pues, aunque eso sea, me parece que no hay motivo para dejarle la acera, y quitarse el sombrero, y todo hecho una etcétera decirle: *A los pies de Vd.* Me dejaste hecho una pieza cuando te ví tan fino con la tal señora. Ella tiene trazas de cualquier cosa, y se conoce que ya es conocimiento antiguo, porque te dijo con mucho desparpajo, y poniendo la boquita muy chiquitita: *Adios, Perez.* Ganas me dieron de pararla y preguntarle qué tenía ella que ver con Perez. Y luego que pasamos, volví la cabeza sin querer, y la ví que se volvía á mirarnos la muy descaradota.

Pues también es casualidad que yo no la he visto nunca en la tienda. Vendrá á buscar los dulces cuando yo estoy arriba, porque puede que tú se los des más baratos que yo se los daría. No se me olvida á mí la tal mujer; parecía una loca. Cuando la ví venir. ¡Dios me perdone! creí que era una francesa, ó cosa por el estilo; pero no, francesa no es porque dijo *Adios, Perez* muy claro. Y á mí ni me saludó siquiera la muy fantasmóna, como si fuera algún perro la que iba contigo. ¡Más siento no haber dicho una fresca á esa mujer! pero más vale que haya sido prudente, porque puede que tú hubieras tenido la poca aprension de salir á su defensa y avergonzarme.

En fin, cada día que pasa tengo más motivos de convencerme de lo que eres tú, que me miras como si fuera un mueble arrinconado y mandado recoger. ¡Ay Dios mio! en vano es todo lo que te digo, bien lo veo, porque si tú conservaras siquiera un resto de cariño á la que es tu mujer, ya harías de modo que yo no tuviera que estar siempre quejándome y llorando mis penas; bien que tú no me ves llorar, y si me ves te haces el desentendido. Lo que yo no sé es por qué fuiste á sacarme de casa de mis padres, donde yo estaba sin acordarme siquiera de que había hombres en el mundo. Cuánto hubiéramos ganado si no nos hubiésemos conocido, ó si tú, conociendo que no eras para casado, me hubieses dicho la víspera: «Manolita, —(entonces me llamabas Manolita!)—ya no hay nada de lo dicho. Más vale que no nos casemos.» A mí me hubiera dado un berrinche, pero luego habría tenido que dar mil gracias á Dios. ¡Cómo ha de ser! Tendré paciencia por mis hijos, no por tí, Perez; que si no tuviéramos hijos ya hace tiempo que te habría yo enseñado cómo se venga una mujer ofendida. Lo que sí te digo es que mi madrina lo ha de saber todo, Perez, todo. Lo que es eso de que crea que tú tienes algún motivo de queja de tu mujer, eso si que no lo paso: no lo paso, Perez. ¿Dices que tienes sueño?... Sería milagro que no lo tuvieras; siempre te sucede lo mismo cuando yo te digo las verdades. Duerme, Perez, duerme como un cebon..... Parece mentira que este hombre sea el mismo que tenía tantos celos, y hacia tantos extremos por mí cuando novio, y le daba las cinco de la mañana en la calle esperando que yo saliera á la ventana para decirme todas aquellas tonterías que me parecían tan bonitas... ¡Ay Dios mio! yo sí que era una tonta de capirote.

Comentario de Perez.

¡La verdad es que mi mujer me ha hecho fijar en que la parroquiana es muy guapa y tiene una voz muy agradable!

EL TIPO DE LA MUJER.

XVI.

LA QUE SE DIVIERTE.

Babila X de X.
Su casa, vida, retrato....

¡La vés? ¡La vés? Allí está, en la misa de aguinaldo: es muy alegre, y es fuerza que comience alegre el año. Luego á ver á Manolita porque es día de su Santo, y con tantas relaciones habrá animacion..... al teatro:



—¿Sabes que es pesado esto de estar los soldados de cuartel una semana de cuando en cuando?

—Hombre, no te quejes, que los generales suelen estar de cuartel años enteros. Y eso que son generales.

al baile de la condesa.....
¡Ay! qué bien comienza el año;
el seis, el *gâteau des rois*
en casa de los de Albano;
el siete, baile de trages
que dará el ministro bávaro;
el ocho, bautizo enfrente;
el nueve, baile aquí al lado;
el diez, recepcion arriba;
el once, concierto abajo;
el doce, los cuadros vivos;
y además se casa Carlos
y luego se bailará;
el trece mi cumpleaños...
tarjetas... ramos de flores...
dos vestidos más... regalos...

Los domingos vá á los toros
y antes al Circo de gallos;
se queda en casa los lunes;
los martes la toca el palco;
los miércoles los emplea
en hacer hilas... y trapos...
con una corte de amigas

(y amigos por de contado);
va á comer siempre los jueves
á casa de sus hermanos;
los viernes á una embajada
y da de comer los sábados.

—¡Juan! dice, diga Vd. al jefe
seremos doce... (contando)
quince..... unos..... diez y ocho...
y que no nos falte helado.

Lee los *Ecos de Asmodeo*;
los folletines; acaso
del discurso de su esposo
unos renglones contados;
las noticias generales;
los anuncios de espectáculos...

—Luis, le dice á su marido,
hoy hay estreno. Es de Blasco,
tenemos que ir.

—Iremos,

dice el hombre resignado
ó sin resignarse, que hoy
hay tambien aficionados
al jaleo y á la broma
y á funciones y á saraos.....

—Iremos á Biarritz ¿eh?
Segun *La Epoca*, han marchado
ya los conde de..... y las de.....
Y hacen bien, que aquí el verano...

Hace comedias caseras;
canta (mal) en los saraos;
tiene una perrita blanca
y tiene tambien canarios;
macetas (que cuidan otros);
piano (para nó tocarlo);
los muebles de su *boudoir*
son de seda y palosanto;
billar..... un salon azul.....
tiene doncellas, lacayos.....

Se pinta, pinta á sus hijas
y tambien á los criados,
porque les hace poner
en el pelo polvos blancos.
Va en coche á la Castellana:
á la Moncloa á caballo:
de madrugada al Retiro:
y por las noches al Prado,
aquellas que no hay concierto,
si la alcanza aquí el verano.

¿Hay procesion? la presencia:
¿Revista? de cabo á rabo:
¿Fiesta académica? va:
¿Concierto? sea ó no clásico:
¿Exposicion? andandito:
¿Otra de flores? andando:
¡Pascua!... á ver los Nacimientos.
¡Carnaval!... de nuevo al Prado.
¡Cuaresma!... á oír á Carmona:
¡San Isidro! al santo..... al santo:
¡Tan! ¡tan!... ¡fuego!.. á ver el fuego:
¡San Juan!... ¡verbena! al Prado
Setiembre... ¡ferias!... á Atocha
Abril..... ¡buen dia!..... al campo

¡Jueves santo! á la carrera
¡Corpus!... arriba y abajo.
Pero, lectores, ¿que más?
fué á los bailes de Palacio
y al lavatorio... y no obstante,
aquel día frio y malo
fué á ver á Don Amadeo

y á ver entrar á Serrano
y siempre que hay formacion
va á ver á los milicianos
de vistosos uniformes
montados en los caballos.....

En fin, para concluir
de hacer su vivo retrato:
es casada, tiene amante,
y le hacen la corte cuatro.

¿Te gusta el tipo, lector?
¿Crees que es exagerado?
Pues mira, me quedo corto
y además te le regalo,
que mi tipo no es así:
quiero todo lo contrario.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

